2 LAS HUELLAS HISTÓRICAS SOBRE LAS ARENAS AURÍFERAS [12]

Por Augusto Javier Gómez López [13]

«La tradición nos cuenta de algunas minas de oro en la antigüedad y de ellas las más repetidas son las de las cabeceras del río Curiyaco en la altura de los Andes, limítrofe con la Provincia de Popayán, las de Yancoi y Cofanes en Aguarico y los veneros en los ríos San Juan y Cascabel». [14]

Así como el Putumayo y sus selvas fueron «poblados» de monstruos, de seres «pilosos» y de naciones de indios con «un pie como las cabras», otras «con las pantorrillas de las piernas en la parte de adelante» [15], así mismo, hasta avanzado el siglo XX, se tenía por cierta la existencia de fabulosos y de ricos yacimientos y veneros de oro que habían sido ocultados por los indios para no atraer la curiosidad ni la codicia de los «blancos». Pero más allá de la imaginación, de la fantasía y de los sueños que tantas pesadillas y destrucción han causado desde que Hernán Pérez de Quesada saliera de Bogotá con 200 hombres en busca de la «Ciudad de El Dorado», la explotación y el intercambio del fino metal extraído del Putumayo han sido actividades que han marcado una profunda huella desde los tiempos prehispánicos, [16] hasta hoy. Desde entonces, y pasando por los llamados tiempos de la «Conquista», de la «Colonia» y a lo largo de los tiempos republicanos, la extracción del oro, aun con sus períodos de crisis, pero también de prosperidad, ha sido una actividad entrañablemente ligada allí con los procesos de

[12] Texto que hace parte de un capítulo de la Tesis (requisito actualmente en construcción para optar al título de Doctor en Historia) de Augusto J. Gómez L., Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología.

[13] Para la elaboración de este texto acerca del oro en el Putumayo he introducido apartes de la «Relación de los Indios y Provincias que hay en Mocoa, hecha por Francisco Vélez Zúñiga, Visitador de dicha Provincia», importante documento original del Archivo General de Indias de Sevilla, aún inédito, el cual obtuve gracias al hallazgo que de él hiciera el historiador Juan Carlos González en dicho archivo de Sevilla y cuya trascripción también me fue obsequiada por el investigador en referencia. Así mismo, he utilizado apartes del texto del capítulo Nº XIV de la obra La Economía Extractiva en la Amazonia Colombiana: 1850-1930, obra y capítulo que elaboré en unión con el investigador Camilo A. Domínguez Ossa.

[14] Según lo expuesto en el año de 1857 por el Prefecto José M. Quintero. «Informe sobre el Territorio del Caquetá». Geografía Física y Política de la Confederación Granadina. Estado del Cauca. Territorio del Caquetá. Camilo A. Domínguez O. Augusto J. Gómez L.; Guido Barona B. Editores. COAMA - Unión Europea. Fondo «José Celestino Mutis», FEN - Colombia. Instituto Geográfico «Agustín Codazzi». Lerner; Bogotá, 1996; p.132.

[15] Véase este tipo de relatos en la descripciones de mediados del siglo XVIII, recogidas por Fray Juan de Santa Gertrudis en su obra Maravillas de la Naturaleza. Biblioteca V Centenario COLCULTURA. Viajeros por Colombia. Tomo I; 1994; pp.211-213.

[16] María Victoria Uribe ha señalado que en tiempos prehispánicos subía hacia los Andes y específicamente hacia el Altiplano Carchi-Nariño oro de aluvión extraído de los afluentes superiores de los ríos San Miguel y Caquetá. «Pastos y Protopastos: la red regional de intercambio de productos y materias primas de los siglos X a XVI D.C.». Maguaré. Vol. III. Nº3:33-46.

desestructuración – estructuración, de consolidación y de transformación de los asentamientos y grupos humanos. En otras palabras, entre los numerosos productos que han caracterizado la economía amazónica, en general, y del Putumayo, en particular, el oro presenta una relativa continuidad y su explotación ha sido fuente de intercambio y de sustento de los más diversos grupos humanos desde tiempos remotos hasta el siglo XX: después de la crisis generalizada de su explotación en el siglo XVI, durante el siglo XVIII, «piezas» y grupos de esclavos negros huidos de las minas y haciendas de la Gobernación de Popayán, que formaron los palenques de Cascabel y de Cascabelito, en asocio con familias de indígenas, lo mismo que grupos de indios independientes, no sujetos a misiones ni a «patrones» y, progresivamente, en los siglos XIX y XX, individuos e incluso familias completas de las más diversas procedencias, ejercieron y, aún, ejercen la explotación minera aurífera dentro de un conjunto de estrategias de complementariedad económica familiar y en asocio con la producción agraria y otras actividades.

En el inmenso arco que forman los Andes, desde el río Ariari hasta el río Marañón, ha existido una minería de aluvión antiquísima que se remonta al período prehispánico y alguna minería de veta que no ha tenido una existencia muy larga. Las áreas más importantes de aprovechamiento aurífero han sido: el alto río Ariari y algunos de sus afluentes; el área de Mocoa y el alto Caquetá - Putumayo; el alto río San Miguel y su afluente, La Bermeja; el alto río Aguarico; el alto río Napo, arriba del río Suno y la minería del Zamora - Chinchipe.

En cuanto a la minería del alto Caquetá (la región entre el Caquetá y el Napo, hacia el piedemonte de los Andes orientales) ésta tuvo uno de sus períodos de mayor bonanza y esplendor en el siglo XVI, cuando expedicionarios europeos habían accedido ya al piedemonte amazónico colombiano tras el codiciado Dorado, y muy pronto encomenderos y comerciantes hallaron en el Putumayo, en Sucumbíos y en otras «Provincias» vecinas el oro y la fuerza de trabajo indígena necesaria para su extracción. Desde entonces la antigua Ágreda y la posterior fundación de Mocoa, fueron importantes lugares de confluencia a los que se llegaba, con extrema dificultad, siguiendo la ruta por Almaguer, pasando por Santa Rosa, (Popayán – Almaguer - Mocoa - río Putumayo) lo mismo que, partiendo de Pasto, por La Laguna y el valle de Sibundoy para luego descender a Mocoa (existe al respecto un mapa de la «Provincia del Putumayo. Mapa de la Región comprendida entre los ríos Caquetá y Napo», elaborado presumiblemente en el siglo XVIII y cuyo original reposa en el Archivo General de la Nación). [17]

---

[17] Según Federico González Suárez en Historia General de la República del Ecuador. vol. III. (Quito. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana. 1970: 100,101), además de las rutas antes señaladas, otras también fueron frecuentadas por expedicionarios, misioneros, exploradores, comerciantes e incluso, siglos después, por extractores de recursos de la selva y por colonos. Las primeras incursiones de los misioneros franciscanos al alto Putumayo, por el año de 1633, las realizaron siguiendo la ruta de Quito a Pasto y de Pasto a Ecija en la provincia de Sucumbíos: «se embarcaban en el río San Miguel, en un punto llamado La Quebrada y por el San Miguel descendían al Putumayo; gastaban sólo en el viaje más de tres meses»[...] «Así se descubrieron las tribus de los Ceños y de los Becabas en el alto Putumayo, y las de los Abijiras y las de los Icaguates, pobladores de las orillas del Aguarico y del Napo».

Mocoa, fundada por primera vez en el año 1542 por Hernán Pérez de Quesada, fue el centro de varias encomiendas cuyos indígenas pagaban su tributo en oro.[18] El pueblo inicial estaba a unas dos leguas – ocho y medio kilómetros aproximadamente – arriba de la desembocadura del río Cascabel en el Caquetá, en una región muy fragosa. Para mediados del siglo XVIII el misionero franciscano fray Juan de Santa Gertrudis lo encontró a orillas del río Cascabel y hoy lo encontramos mucho más abajo a orillas del río Mocoa. A su llegada a Santa Clara de Mocoa, en el año 1756, Santa Gertrudis describió esta población así:

> *«El pueblo tiene unos quince vecinos, y lo llaman Santa Clara de Mocoa, para conservar la memoria de la antigua ciudad de Mocoa, la que antiguamente fue una de las principales ciudades de Perú, así en comercio como riqueza, porque todas aquellas serranías son minerales de oro y de 23 quilates. Y al principio de la conquista al interés del oro, se avecindaron allí hombres poderosos y se hizo una gran ciudad. Ella se perdió que no ha quedado de ella vestigios. Estaba fundada en unas lomas muy altas 2 leguas arriba de nuestra Mocoa. Sólo han quedado algunos vestigios del camino».* [19]

Efectivamente, Mocoa se constituyó en el epicentro de la frontera minera oriental que fue surgiendo y que se fue consolidando en el siglo XVI y en torno a ella se produjo la integración de «diecinueve (19) provincias» algunas de éstas en virtud de la riqueza de sus yacimientos auríferos y otras como proveedoras de mano de obra indígena para el laboreo de dichos yacimientos... «Tienen grandísimo trabajo porque cargan toda la vida el sustento suyo, de los Caricamayos y de los encomenderos porque es imposible andar caballos por esta tierra...» [20] (continúa la descripción).

A finales del siglo XVI la explotación del oro en «Mocoa y sus Provincias» estaba todavía en su apogeo, de tal manera que en el año de 1596 había en la ciudad doce (12) encomenderos con un total de «mil indios tributarios», según «la última visita general que se hizo por Eusebio de Goez, juez por la Real Audiencia, la cual acabó de hacer a ocho de noviembre de mil y quinientos y noventa y seis años».

La ciudad de Mocoa debió ser fundada varias veces debido a los continuos ataques y rebeliones de los indios que la quemaron como venganza por los maltratos y vejaciones de los encomenderos y comerciantes. En esta actitud de defensa de su territorio se distinguieron los Andakíes, que fueron el azote de los españoles en el alto Caquetá y el alto Magdalena durante varias centurias.

---

[18] AGUADO, Fray Pedro. Recopilación Historial, 5 volúmenes. Bogotá: Imprenta Nacional. 1956-57.

[19] SANTA GERTRUDIZ, Fray Juan. Maravillas de la Naturaleza. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 4 tomos. 1970, p. 232.

[20] «Relación de los Indios y Provincias que hay en Mocoa, hecha por Francisco Vélez Zúñiga, Visitador de dicha Provincia». Archivo General de Indias de Sevilla. Quito, 24, N,49 (Serie Personas Seculares). «De Mocoa, fecha a 2 de octubre de 1597.»

Mocoa - Encomenderos y sus indios tributarios [21]

Nombre del Encomendero	Número indios tributarios
Capitán García Zambrano	130
Capitán Diego González	83
Antonio del Águila	21
Capitán Joan de Medellín	104
Capitán Joan Galíndez	343
Diego Hernández de Mora	74
Francisco de Rodes (¿)	50
Andrés Viejo	27
Gabriel Díaz	55
Alonso Luzón	51
Nicolás de Franqui	52
Alonso Ramírez de Oviedo	11
Total	**1001**

A ese grupo pertenecían los Charaguayes, Charaváes o Mocoas que menciona fray Cristóbal de Acuña como esclavos de las minas de Ágreda de Mocoa en el siglo XVI, pero que luego se convirtieron en grandes enemigos de los españoles.[22]

Esos ataques se recrudecieron a principios del siglo XVIII, cuando, ya totalmente derrotados los Andakíes del alto Magdalena, se desplazaron hacia el alto Caquetá... «de esto dan testimonio sus frecuentes ataques a las fundaciones españolas de las laderas selváticas de la Cordillera, tales como Simancas, Yunguillo, Condagua y Mocoa, llegando hasta Sibundoy y, tal vez, hasta Ecija de los Sucumbíos». [23]

Tal y como ya venía sucediendo en las fronteras mineras del siglo XVI, como en Cáceres, Zaragoza, Remedios Pamplona (Vetas), en las minas de plata de Mariquita, e incluso en las minas de oro de Almaguer, en el Putumayo el traslado masivo de los indios hacia los yacimientos mineros, el abandono forzado de sus cultivos y de sus territorios, las nuevas enfermedades trasmitidas a causa del contacto con los europeos, el maltrato físico y muchos otros factores inherentes al régimen de la encomienda y a los sistemas coercitivos que caracterizaron ese primer ciclo minero colonial, generaron la interrupción abrupta de la vida social y comunitaria de los

---

[21] Fuente: Francisco Vélez Zúñiga. «Relación de los Indios y Provincias que hay en Mocoa, hecha por Francisco Vélez Zúñiga, Visitador de dicha Provincia». Archivo General de Indias de Sevilla. Quito, 24, N,49 (Serie Personas Seculares). «De Mocoa, fecha a 2 de octubre de 1597.»

[22] FRIEDE, Juan. Los Andaquí. 1538-1947. México, Fondo de Cultura Económica. 1953, p. 23.

[23] Ibid., pp. 59-60.

aborígenes y su derrumbe físico, [24] muy a pesar de la lucha de don Juan del Valle, obispo de Popayán, contra las infamias y «excesos» cometidos por los encomenderos contra los indios, y muy a pesar de las Leyes Nuevas producidas por la Corona con el fin de proteger a los nativos de la opresión y de la esclavitud. En gran medida la creciente escasez de mano de obra y, como los historiadores y especialistas explícitamente la han denominado, la «catástrofe demográfica indígena», que ya era apreciable en las primeras décadas del siglo XVII, fue una de las causas decisivas de la crisis minera que se produjo en el Putumayo, pero también, como causa no menos importante de esa crisis, fueron los reiterados ataques de los indios contra ciertas poblaciones, como Mocoa, lo mismo que las amenazas permanentes contra los «blancos» y sus entables mineros, en una frontera donde difícilmente podía asegurarse la protección militar de esos entables y de los centros de población.

Ya en el siglo XVIII el mazamorreo del oro había dejado de ser una actividad controlada por los españoles y/o sus descendientes criollos, aunque algunos de éstos todavía elevaban a la corona sus solicitudes de adjudicación de antiguas encomiendas («por dos, tres y más vidas»). La explotación aurífera volvió a ser para varios de los grupos nativos sobrevivientes una entre muchas de sus actividades, (caza, pesca, agricultura, horticultura, trasporte, comercio, etc.) y cuyos beneficios les permitía, por intercambio, el acceso a otros bienes. Muchos de los frecuentes levantamientos de los nativos y algunos de los asesinatos y desapariciones de misioneros estuvieron, presumiblemente, relacionados con los intentos de algunos religiosos de controlar o de usufructuar personalmente el trabajo indígena en los yacimientos auríferos o el fruto de otras actividades como la recolección de miel y de cera, productos éstos que secularmente encontraron apreciable demanda en Pasto y en general, en los Andes. Los indígenas siguieron aprovechando ciertos yacimientos del precioso metal y, como había sucedido en el pasado, continuaron intercambiando el oro por otros bienes que secularmente obtenían de las tierras altas de los Andes, como lo describiera en la época fray Juan de Santa Gertrudis:

«Estos indios de Mocoa andan ellos vestidos y lo pasan muy bien, porque al pie de la loma de Mocoa pasa un río que se viene despeñando de aquellas serranías y es muy grande, que para pasarlo se pasa con canoa. El hace muchísimo

[24] El profesor Jaime Jaramillo Uribe ha expresado que las causas del despoblamiento en el Nuevo Reino, en el siglo XVI y comienzos del siglo XVII, fueron muy variadas, siendo imposible otorgarle a una de ellas la categoría de causa única. El destacado historiador en referencia ha planteado que todas ellas debieron obrar simultánea o recíprocamente: las acciones bélicas durante la conquista; la dureza del régimen de trabajo en las minas, obrajes y haciendas; las nuevas enfermedades traídas por el conquistador (viruela, gripe, sarampión, tifo, etc.); la destrucción transitoria de la economía de las sociedades amerindias; la desorganización de las tradicionales formas de cultura y vida social; la competencia vital de la población conquistadora; la apatía por la reproducción e incluso la «esterilidad buscada», entre otras causas. «La población Indígena de Colombia en el momento de la Conquista y sus transformaciones posteriores». Ensayos de Historia Social. Tomo I. La sociedad neogranadina; pp. 85-158.

ruido, y tal vez por esto lo llaman el río Cascabel. Los indios a la margen catean mucho oro que él trae de las minas de arriba. Y con ellos los indios sibundoyes les traen herramientas, ropa, carne y harina de San Juan de Pasto». [25]

En el río Fragua y en el Caquetá de la planicie, los Andaquíes lavaban oro de aluvión de acuerdo con informe de un misionero que pasó por la región en 1773. [26] Las fuentes primarias dan cuenta, también, minuciosamente, de algunos aspectos económicos y sociales de la minería que se realizó en la segunda mitad del siglo XVIII en el Putumayo. De manera específica, un buen número de esclavos y de esclavas, que habiendo huido de Popayán, de Barbacoas, de Pasto y aun de Mariquita, se habían refugiado y viviendo «...olvidados de la ley de Dios y libres de la sujeción de sus amos» habían formado «un palenque dividido en dos partes», en Cascabel y en Cascabelito, lavaban oro con el cual conseguían herramientas y víveres, pues hasta allí seguían llegando los «mitmas» o «mitimáes» procedentes de los Andes para hacer sus «rescates». [27] Siguiendo lo expuesto por el historiador Francisco Zuluaga, después de las varias e infructuosas expediciones que se emprendieron para la captura de los negros fugitivos, se llegó al acuerdo entre las partes de pagarle a los correspondientes amos la mitad del avalúo respectivo (que cancelarían los negros apalencados con el oro obtenido de su trabajo en las minas). Este acuerdo fue posible gracias a los oficios de fray Francisco Javier de Paz Maldonado quien fuera designado por el gobernador de Popayán para la «pacificación de los negros» y la labor misionera entre los indios del Putumayo. [28] Este fraile, que permaneció por ocho meses en cumplimiento de lo ordenado por el gobernador, dio cuenta de los yacimientos y «minas» de oro que antiguamente se habían trabajado allí y de las que los mismos negros fugitivos estaban por entonces trabajando:

«Las minas son a las márgenes del río Caquetá, es una loma que baja de la serranía de Sibundoy que viene a quedar en medio de dicho río Caquetá, y el Putumayo, y para las faldas de Caquetá son los minerales, sus cabeceras de estas minas son el río de Mandur, el río de Picudo, la quebrada de Jamús, y en esta quebrada y sus márgenes han trabajado mucho los antiguos. Se ven las labores en la quebrada de Santo Domingo, San Pedro y Sardinas y Platanal. En las minas de Platanal han estado trabajando los negros fugitivos con poca herramienta y han sacado oro para sus necesarios. Todas estas minas tienen las aguas superiores, y perennes de todo el año. El río de Mocoa para la travesía de Caquetá, también hay minas según se ve la labor de los antiguos, como es el

---

[25] SANTA GERTRUDIS. Op. Cit., p. 234.

[26] CUERVO, Antonio. Colección de Documentos Inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia. Bogotá: Zalamea Hermanos. 1891, IV:255.

[27] Gobernador de Popayán. «Informe sobre los negros cimarrones que han construido palenques en el Putumayo». Archivo General de la Nación. Sección Colecciones. Colección Bernardo J. Caicedo. Volumen único; Caja Nº23; folios 1- 91; años 1795-1803; Documento Nº3; «Misiones».

[28] Francisco Zuluaga Ramírez. «Palenque de Mocoa». Putumayo. Una historia económica y sociocultural. Volumen I. Augusto J. Gómez L. Editor. (Inédita).

paraje de Yunguilla. Para el río arriba como es Escanse, y Cascabel hay buenos minerales pero muy cargados de piedra grande, donde no se ve labor de dichos antiguos. Son todos estos minerales muy ricos según lo enseñan sus playas del dicho río Caquetá, pues todos los veranos sacan los Sibundoyes el oro que necesitan para la paga de tributos, y sus funciones y sólo se hallan este oro en las playas hasta la boca del río de La Fragua, que tienen cinco días de camino de río arriba, y según tradiciones fue muy rica la ciudad de Mocoa, y se verifica por las labores que tengo dichas...» [29]

Minería del río San Miguel. La región entre los valles del río Guamués y el río San Miguel y sus afluentes era básicamente lo que se conocía, a partir del siglo XVI, como Provincia de Sucumbíos. Su epicentro era la población de Ecija de Sucumbíos que fue destruida y vuelta a refundar varias veces durante el período colonial. A finales del siglo XVI la «ciudad de Ecija se hallaba fundada entre el San Miguel al Sur y el Guamués al Norte», [30] posiblemente al pie de la Cordillera, en los últimos contrafuertes del páramo de El Palacio.

La Provincia de Sucumbíos era la continuación hacia el norte de la Provincia de Pimampiros o Cofanes, que abarcaba toda la cuenca alta y media del río Aguarico y sus principales afluentes: el Chingual, el Cofanes y el Dué. Esa cuenca alta se conocía también como el Hatunique, por donde existe un paso natural entre el río Cofanes y el valle del río Chota, que cae hacia el occidente del Ecuador. La región era muy célebre por «...sus yacimientos auríferos y plantas y resinas aromáticas». Allí nacía el Aguarico, llamado por excelencia «Río de Oro» y allí se establecieron después reales de minas y la misma ciudad de San Pedro de Alcalá del Río Dorado». [31]

Para entrar a las provincias de Sucumbíos y de Pimampiro se utilizaban cuatro vías desde la parte cordillerana. La más larga era el camino del alto Caquetá, que partía de Popayán pasando por Mocoa y descendiendo el Putumayo llegaba hasta el río San Miguel por donde se remontaba hasta Ecija o se pasaba al Aguarico por varadores (pasos terrestres y fluviales); la segunda partía de Pasto y pasaba por Sibundoy y Mocoa para descender, luego, el Putumayo; la tercera partía de Pasto y, pasando por el alto río Chingual, descendía al Aguarico o al San Miguel; la cuarta partía de Quito y ascendiendo el alto río Chota pasaba la cordillera para caer al alto Cofanes y descender por el Aguarico. Todas estas rutas tenían fama de «infernales» y, aún hoy, son un grave obstáculo para las comunicaciones con Sucumbíos y el Aguarico.

[29] Citado por Francisco Zuluaga Ramírez. «Palenque de Mocoa». Putumayo. Una historia económica y sociocultural. Volumen I. Augusto J. Gómez L. Editor. (Inédita).
[30] RUMAZO GONZÁLEZ, José. La Región Amazónica del Ecuador en el Siglo XVI. Quito: Banco Central del Ecuador. 1946:256.
[31] Ibid., p. 46.

La minería de estas dos provincias tuvo su apogeo en los siglos XVI y comienzos del siglo XVII, para después desaparecer de Sucumbíos y dejar alguna actividad en el alto Aguarico, muy parecida a la minería de subsistencia de la Provincia de Mocoa. En el año de 1908, el misionero capuchino Ildefonso de Tulcán al recorrer el varador entre el San Miguel y el Aguarico, ascendiendo primero por el río La Bermeja, comentaba lo siguiente al observar los restos de la antigua minería española en el sitio de Guama - Yaco: «Yo también me senté, y mirando los antiguos trabajos de los españoles que allí habían buscado el oro, los cortes para hacer pasar el agua, y los atajos para hacerla ir por otro lado... pensé: «cuántos pobres dejaron su patria, y buscando aquí el oro encontrarían la muerte y sus cenizas estarán ahora sirviendo de abono a los árboles de esta selva. Atando cabos parece sí que allí trabajaban con los indios Sionas de San José». [32] Seguramente no eran los españoles los que dejaban sus huesos a la orilla de esos ríos, pues quienes hacían ese trabajo eran indígenas forzados a seguir realizando, para sus amos, un trabajo que conocían desde tiempos inmemoriales y que el geógrafo Manuel Villavicencio describió a mediados del siglo XIX:

«Los indios no hacen excavaciones considerables, ni toman ninguna medida para economizar tiempo y trabajo, escarban con las manos sin auxilio de ningún instrumento el barranco de donde van a sacar la tierra para lavar, a orillas de un riachuelo; pues si es en el río grande, buscan alguna playa para excavar la tierra, aflojando y removiendo las piedras grandes para aprovechar de la tierra que se mueve: esta tierra de la excavación la echan en una batea colocada a flor de agua, donde le dan un movimiento de rotación especial de manera que todo desaparece de su fondo con el agua que entra, menos la arenilla y las laminitas de oro, que van recogiendo en un mate, para lavar por mayor cuando hayan recogido bastante cantidad; pero sin embargo les queda mucha arena, y para quitar ésta los tuestan en unos platitos de barro y cuando está bien seco comienza a soplar la arena sobre una hoja lisa a fin de tomar alguna lámina en caso de salir con el soplo, pero son tan diestros que sólo sacan la arenilla con el soplo y el movimiento que le dan al platillo. Fuera de este modo empleado para lavar oro, hay otro más extraño, que prueba la riqueza de los ríos y la destreza de los indios: para esta operación se ponen completamente desnudos y donde el río es más correntoso, con el agua hasta la cintura sacan de su batea la tierra del fondo, lo que aunque parece muy sencillo no lo es, si se atiende a la fuerza que lleva la corriente: otras veces en los recodos más profundos del río se zambullen con una piedra en la espalda, y la dejan al fondo trayendo en cambio una batea llena de tierra donde se hallan algunas pepitas gruesas de oro. De este modo es como extraen el oro y hallan pepitas que pesan desde medio castellano hasta ocho, pues el que sacan en las playas por medio del

[32] TULCÁN, Fray Ildefonso de. Memorias de la excursión por los ríos Guineo, Putumayo, Guamués, San Miguel y Aguarico. Amazonia Colombiana Americanista. Sibundoy: CILEAC, 1953, p.122.

lavado, siempre es oro menudo en laminitas más o menos grandes. Da compasión ver a los indios resistir en las playas de los ríos las nubes de mosquitos que los persiguen, sin que ellos hagan mucho caso de estos molestos enemigos: desde luego es de reparar que la piel de los indios que tienen este ejercicio es áspera y dura, de modo que parece la de un elefante con manchones blancos y azulejos, porque, dicho sea de paso, casi todos ellos son algo overos. A causa de este mismo ejercicio tienen encalladas las puntas de los dedos en los cuales apenas se notan asomos de uñas durante el tiempo de trabajo». [33]

[33] VILLAVICENCIO, Manuel. 1984. Geografía de la República del Ecuador. Quito: Corporación Editora Nacional.1858, pp. 381-2.

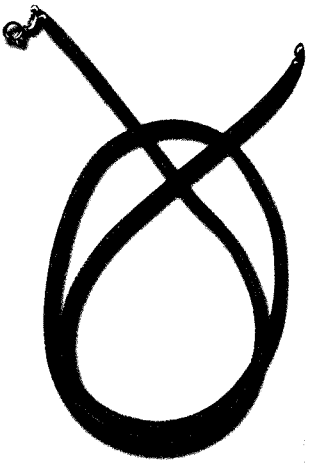
7

8

9

7 La minería y el cateo, en sí, son todo un ritual, y los oficiantes unos hombres que no pueden esperar una semana o dos para saber cómo pinta ese barranco. Se pica en la pata, donde se presume que está contenido el oro, se quitan las piedras y otros materiales y se pone en la batea la tierra que ha de ser lavada.

8 ¡Agua y silencio! Las manos expertas terminan de sacar lo que no sirve dentro de la batea y desmenuza los grumos de tierra. Es una sopa de barro la que ha de comenzar a bailar con una cadencia que marcan la expectación y el aliento entrecortado. Agua, mucha agua, ¡y más silencio! Sin agua no habría trabajo y, mucho menos, oro.



9 El cateo dio resultado. La pinta dice que habrá que trabajar muy duro, y que las fatigas estarán bien recompensadas. La sonrisa está más que justificada. A guardar muy bien la batea, a prender los motores para empujar el agua y a trabajar se dijo. Dos semanas después, 74 gramos demostraron que se estaba en lo cierto. El frente era algo más que una promesa.